

un mes al culpable del accidente. Ya lo ven ustedes. Yo consideré siempre á esa mujer como una heroína, perteneciente á la raza de aquellas que pasaron á la historia por haber realizado los actos más hermosos.

No tuvo nuevos amores. Ha muerto virgen. Es una mártir, un alma generosa, una víctima sublime. Si mi admiración no fuera tan grande, no referiría yo la historia que guardé oculta durante toda su vida, ya comprenderán ustedes por qué razón.»

El médico había concluido. Mi madre lloraba. Mi padre dijo algo que yo no entendí. Salieron de la sala.

Y me quedé allí de rodillas, gimiendo, mientras oía en la escalera un ruido extraño.

Se llevaban el cuerpo de la señora *Balancin*.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL MARQUÉS DE FUMEROL

HABLABA Roger de Tourneville, sentado á horcajadas en una silla; sus amigos formaban círculo á su alrededor, y él tenía el cigarro entre los dedos, acercándose de vez en cuando á la boca, dando una chupada y soltando una nubecilla de humo.

...Estábamos en la mesa cuando llevaron una carta. Papá la abrió. Ya conocen ustedes á mi padre, que se considera representante del rey en Francia. Yo le llamo don Quijote, porque se batió durante doce años contra los molinos de viento de la República, sin averiguar á punto fijo si lo hacía por los Borbones ó por los Orleans. Ya sólo á nombre de los Orleans empuña su lanza, porque no quedan otros pretendientes. De todos modos, papá se considera el primer caballero de la Monarquía, el más conocido, el

más influyente, el jefe del partido; y como disfruta de una senaduría vitalicia, supone poco seguros los tronos de los reyes, que ya no son inamovibles.

Mamá es el alma de papá, es el alma de la Monarquía y de la Religión, el brazo derecho de Dios en la tierra y el azote de los incrédulos.

Aún estábamos en la mesa, cuando llevaron una carta. Papá la leyó; luego, mirando á mamá, dijo:

—Tu hermano se muere.

Mamá se puso pálida. Casi nunca se hablaba de mi tío. Yo ni le había visto, no teniendo más datos referentes á él que los ofrecidos por la opinión pública, según la cual llevó siempre, y continuaba llevando, una vida poco edificante. Habiéndose comido su fortuna con un incalculable número de mujeres, ya sólo conservaba dos queridas, con las cuales vivía en un pisito de la calle de los Mártires.

Antiguo par y antiguo coronel de caballería, no creyendo en Dios ni en el diablo, nada temeroso de la vida futura, usó y abusó en todas formas de la vida presente, siendo una llaga siempre abierta en el corazón de mamá.

La cual dijo:

—Déjame ver esa carta, Pablo.

Cuando hubo terminado su lectura, yo se la pedí á mi vez. Estaba redactada en estos términos:

«Señor conde: me creo en el caso de participarle que su cuñado, el marqués de Fumerol, se muere. Acaso quiera usted tomar sus disposiciones, y por eso le aviso.

Su criada humilde,

MELANIA.»

Papá murmuró:

—Hay que participarlo. Debo asistir á los últimos momentos de tu hermano.

Mamá dijo:

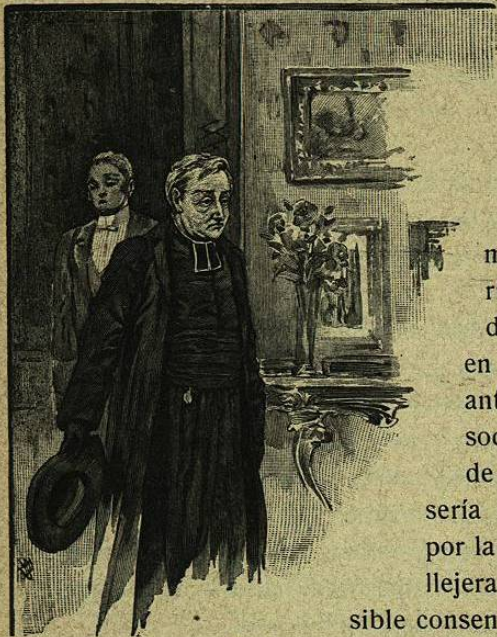
—Quiero pedir parecer al padre Poivron. Luego iré con él y con mi hijo á ver á mi hermano. Tú quédate aquí. No es indispensable que te comprometas; una mujer puede y debe dar esos pasos, pero un hombre político necesita reflexionar mucho lo que hace. Tus adversarios interpretarían malamente, contra tu buena opinión, tu sacrificio generoso.

—Es verdad—contestó mi padre—; haz lo que te parezca más conveniente, hija mía.

Media hora después, el padre Poivron, enterado ya de todo, analizaba y discutía el caso, teniendo en cuenta sus distintos aspectos.

Si el marqués de Fumerol, uno de los títulos más prestigiosos de Francia, moría sin recibir los auxilios de la Iglesia, el golpe sería terrible para la

nobleza en general y para el conde de Tourneville en particular. Triunfarían los librepensadores. Los



periódicos impíos cantarían su victoria durante seis meses; el nombre de mi madre sería profanado, impreso en los papeles anticlericales y socialistas; el de mi padre sería salpicado por la basura callejera. Era imposible consentirlo.

Así, pues, armóse de pronto una cruzada dirigida por el padre Poivron, clérigo recordete y limpio, vagamente perfumado, un verdadero sacerdote católico en la parroquia de un barrio noble y rico.

Engancharon un coche y fuimos inmediatamente,

mamá, el padre Poivron y yo á llevarle á mi tío moribundo, los auxilios espirituales.

Habían acordado ver primero á Melania, la que firmó la carta de aviso y debía ser ama de llaves ó cocinera del marqués.

Yo me adelanté con esa comisión apeándome del coche ante una casa de siete pisos, en cuyo portal obscuro y largo, me costó bastante dar con la portería.

El portero era un hombre malicioso y reservado.

Le pregunté:

—La señora Melania, ¿en qué piso vive?

Y me contestó secamente:

—No la conozco.

—Me ha escrito y vengo á verla.

—Es posible, pero yo no la conozco. ¿Es acaso alguna entretenida?

—Debe ser una criada.

—¿Una criada?... ¿Una criada?... Será la del marqués. Vea en el piso quinto, izquierda.

En cuanto se convenció de que no le preguntaba por una mujer galante, mostróse más atento y me acompañó hasta el pie de la escalera.

Subí á saltos, no atreviéndome á poner la mano en la barandilla polvorienta, y dí unos golpecitos

discretos en la puerta de la izquierda del quinto piso.

Abrieron; una mujer desgachada, grandota, me cerró el paso gruñendo:

—¿Qué quiere usted?

—¿Es usted la señora Melania?

—Sí.

—Yo soy el vizconde de Tourneville.

—¡Oh! Puede usted pasar.

—Es que... abajo aguarda mamá con un sacerdote.

—Pues baje usted á buscarla. Cuidado con el portero.

Bajé, y subí nuevamente acompañando á mi madre y al sacerdote. Parecióme oír pasos á nuestra espalda.

Entramos en la cocina con Melania, sentándonos los cuatro para deliberar.

—¿Está muy grave?—preguntó mamá.

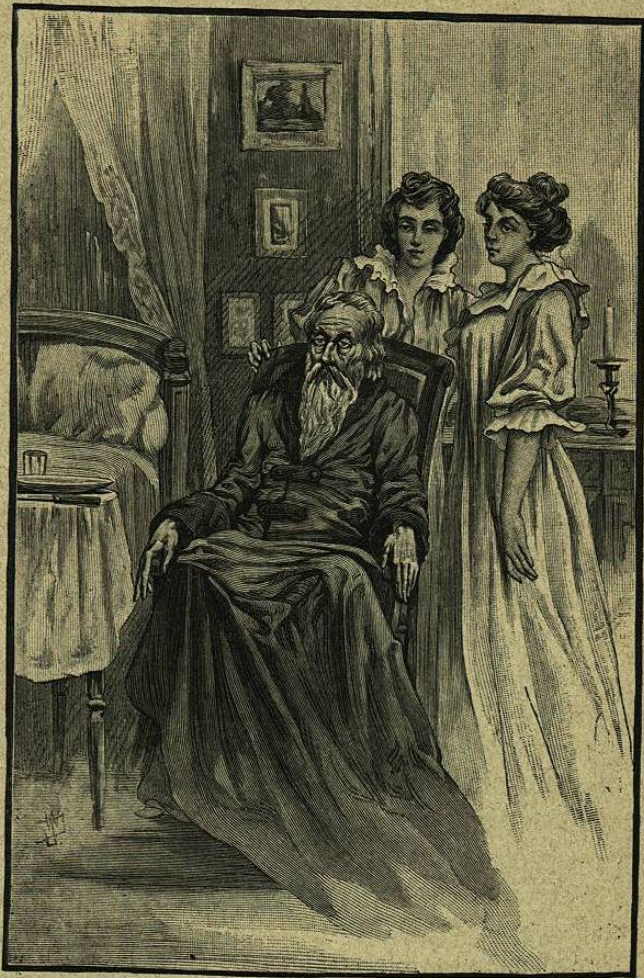
—Sí, señora, sí; no es posible que dure muchas horas.

—¿Estará dispuesto á recibir la visita de un sacerdote?

—¡Oh!... lo dudo.

—¿Puedo verle?

—Ya lo creo... Sí... sí, señora... Sólo que... sólo que le acompañan sus... sus amiguitas.



—¿Qué amiguitas?

—Pues... dos amiguitas que tiene.

—¡Oh!

Mamá se había puesto como la grana. El sacerdote no levantaba los ojos del suelo.

Aquello iba siendo algo divertido, y dije:

—¿Quieren que yo entre primero? Según como le halle, puedo advertirle...

Mamá, sin comprender la malicia de mis palabras, respondió:

—Sí, entra tú, hijo mío.

Abrióse una puerta y una voz suave, una voz femenina, pronunció:

—¡Melania!

La mujerona precipitóse á recibir órdenes:

—¿Qué se le ofrece, señorita Clara?

—La tortilla, ¡pronto!

—Al momento, señorita.

Y acercándose de nuevo á nosotros, dijo:

—Me piden una tortilla de queso, que me han encargado para merendar.

Rompió los huevos y se puso á batirlos con brío en una ensaladera.

Yo dí un campanillazo fuerte anunciando mi presentación oficial.

Melania me hizo tomar asiento en el gabinete y

anunció á mi tío mi visita. Después rogóme que pasara.

El sacerdote se ocultó detrás de la puerta para presentarse á la menor indicación mía.

El aspecto de mi tío me sorprendió agradablemente: un viejo hermoso, elegante, solemne, un hombre de mundo en toda regla.

Recostado en una poltrona, teniendo envueltas las piernas en una manta de viaje y las manos—unas manos de largos y pálidos dedos—apoyadas en los brazos del mueble, aguardaba la muerte con una dignidad bíblica. Su blanca barba cubría su pecho, y su cabellera, blanca también, le tapaba las orejas.

De pie, detrás de la poltrona, como para defenderle contra mí, dos mujeres jóvenes y frescotas me miraban con atrevidos ojos de prostituta. Con enagua y peinador, luciendo los brazos desnudos, con los cabellos muy negros, recogidos á la ligera sobre la nuca, y calzando chanclas bordadas de oro que dejaban ver en los tobillos las medias de seda, parecían, rodeando al moribundo, figuras inmorales de un cuadro simbólico. Entre la poltrona y el lecho había un veladorcito con mantel, donde aguardaban dos cubiertos la tortilla de queso encargada poco antes á Melania.

El marqués dijo, con voz débil y fatigosa, pero clara:

—Hola, muchacho. Tarde vienes á conocerme. Nuestras amistades no serán muy largas.

Murmuré:

—Tío, no fué mía la culpa.

El respondió:

—Ya lo supongo. La culpa deben tenerla tu padre y tu madre. ¿Cómo están?

—Bien, tío; bien. Al enterarse de que se hallaba usted algo enfermo, quisieron que viniera yo mismo á saber noticias.

—¡Ah! ¿Y por qué no han venido ellos?

Abrí los ojos clavándolos en las dos mozas, y dije suavemente:

—Las circunstancias obligan. Sería muy comprometido para mi padre, y más aún para mi madre, presentarse aquí...

El marqués no respondió, y oprimí la mano que me ofrecía, reteniéndola.

Entró Melania con la tortilla y la dejó en el velador. Las dos mozas, acercándose á su cubierto cada una, empezaron á comer sin dejar de mirarme.

Yo entonces dije:

—Tío: sería un goce muy grande para mamá verle á usted.

Mi tío murmuró:

—Yo también quisiera...

Pero no dijo más. No me atrevía á proponerle nada, y en aquel silencio sólo se oía el chocar de los tenedores en los platos.

El sacerdote, oculto detrás de la puerta, creyendo llegado el momento de intervenir, entró.

Sorprendióle tanto á mi tío su presencia, que de pronto quedóse inmóvil, estupefacto; luego abrió la boca desmesuradamente, como si quisiera tragarse al cura, y al fin gritó con voz potente y furiosa:

—¿Por qué viene usted aquí?

El sacerdote, acostumbrado á situaciones difíciles, avanzando, murmuró:

—Vengo enviado por la señora condesa. Su hermana le agradecería tanto, señor marqués...

Pero el marqués, resuelto á no escucharle, con un gesto majestuoso y trágico le señalaba la puerta, diciéndole con mucha energía:

—¡Váyase usted... váyase usted... ¡Son ladrones de almas, violadores de conciencias...! ¡Váyase usted!

El sacerdote retrocedía—yo también—, dirigiéndose hacia la puerta, perdiendo terreno sin volver la espalda; y satisfechas las dos mozas ante aquel espectáculo, habíanse puesto de pie sin acabarse de comer la tortilla, colocándose junto á la poltrona de

mi tío, posando las manos en sus hombros para tranquilizarle, para protegerle contra los compañeros criminales de la Familia y de la Religión.

El sacerdote y yo volvimos á refugiarnos con mamá en la cocina. Melania nos ofreció sillas nuevamente, diciendo:

—Ya sospechaba yo que no sería fácil...

Volvimos á deliberar. Mamá era de un parecer, y el sacerdote de otro distinto. Yo también expuse mi opinión diferente de las de ambos.

Hacia media hora que discutíamos, cuando las voces exaltadas, terribles, del marqués y el estruendo de muebles derribados ó arrastrados, nos llenaron de inquietud; y nos pusimos de pie.

Llegaban hasta nosotros, á través de las puertas y de los tabiques, palabras amenazadoras:

—¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Bandoleros!... ¡Farsantes!... ¡Fuera!... ¡Malditos!... ¡Fuera!... ¡Fuera!...

Melania entró precipitadamente, saliendo al punto para reclamar mi ayuda. Entré. Delante de mi tío, arrebatado por la cólera, erguido, tronante, dos hombres parecían aguardar á que muriese de rabia.

Su larga levita y sus zapatones ingleses; el cuello de tirilla y la corbata blanca; sus cabellos lacios y su humilde rostro de sacerdote falso de una religión bastarda; todo su ridículo aspecto, en fin,

me hizo reconocer en el primero á un pastor protestante.

Le acompañaba el portero—sectario del culto reformado—, el cual, enterándose, por las voces tal vez, de nuestra derrota, quiso probar si tendría su religión más fortuna.

Mi tío parecía loco de ira. Si la presencia del sacerdote católico, del sacerdote de sus antepasados, irritó al incrédulo marqués, el aspecto del sacerdote de su portero le puso frenético, fuera de sí.

Agarré por el brazo á los dos hombres, arrastrándolos con tal violencia, que se dieron de cabezadas al pasar por cada una de las dos puertas, y arrojélos de la casa.

Luego volví á la cocina, nuestro cuartel general, para tomar instrucciones de mamá y del sacerdote.

Pero Melania entró azarosa, gimiendo:

—¡Se muere, se muere!... ¡Corran!... ¡Se muere!

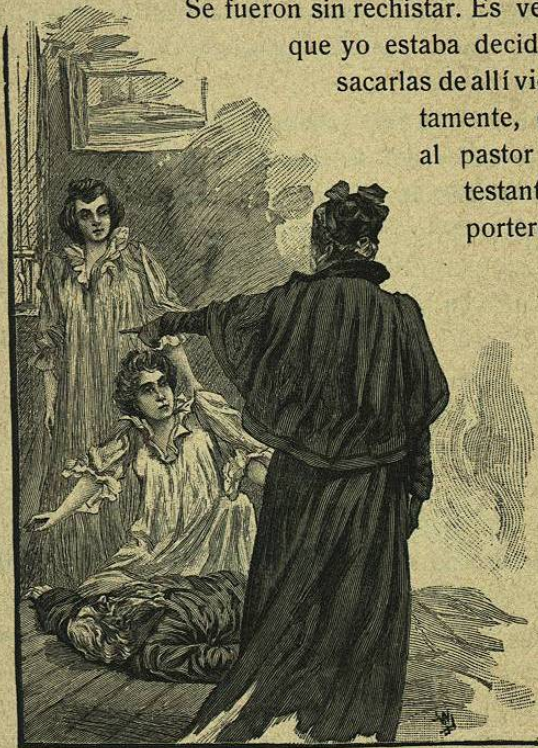
Mi madre se precipitó. El marqués habíase desplomado y estaba en el suelo sin dar señales de vida.

Mamá mostróse como le correspondía en aquel instante. Dirigiéndose á las dos mozas que, arrodilladas junto al cuerpo del marqués, trataban de levantarle, señalando hacia la puerta con autoridad,

con dignidad, con majestad irresistible, dijo solemnemente:

—Ahora, son ustedes las que han de salir.

Se fueron sin rechistar. Es verdad que yo estaba decidido á sacarlas de allí violentamente, como al pastor protestante y al portero.



Entonces el padre Poivron rezó las oraciones de

costumbre, recomendando el alma de mi tío, y absolviéndole de sus pecados.

Mamá gimoteaba de rodillas junto al marqués, teniéndole una mano cogida.

De pronto exclamó:

—¡Ah! ¡Me reconoce! ¡Me oprime los dedos! Me ha reconocido y me agradece lo que hice por él. ¡Santo Dios, qué alegría!

¡Pobre mamá! ¡Si hubiese adivinado que mi tío pensaba oprimir en aquel instante otros dedos agradecía otras atenciones muy diferentes!

Le llevamos á la cama. Estaba muerto.

—Señora—dijo Melania—, ¿cómo le amortajamos? Toda la ropa es de las señoritas.

Yo contemplaba la merienda que no se habían acabado de comer, y á un tiempo me dieron ganas de llorar y de reír. Hay en la vida momentos y sensaciones muy extravagantes.

Se le hicieron al marqués unos funerales magníficos y sobre su tumba se pronunciaron cinco discursos. El senador barón Croisselles probó con razonamientos admirables, que Dios recobra todas las almas nobles un momento des-caminadas. Todos los personajes del partido monárquico y católico acompañaron el féretro con entusiasmo de triunfadores, comentando aquella

edificante muerte que puso fin á una vida un tanto borrascosa.

El vizconde Roger había terminado. Sus amigos reían. Alguien insinuó:

—Así es la historia de todas las conversiones *in extremis*.



LA SEÑA

LA marquesita de Rennedon estaba durmiendo aún en su alcoba oscura y perfumada, sobre su blando y elegante lecho, entre sábanas de vaporosa batista, acariciadoras como un beso; dormía sola, tranquila, feliz, el sueño profundo y dichoso de los divorciados.

Dos voces, que vivamente se replicaban en el salón azul, despertáronla. Creyó adivinar á su íntima la baronesita de Grangerie, disputando con la doncella, que defendía la puerta de su señora.

Entonces la marquesita se levantó, describió los pestillos, dió vuelta á la llave, entreabrió la puerta y asomó su cabecita, nada más que su cabecita rubia, envuelta en una nube de cabellos.

—¿Qué te ocurre para venir tan temprano?— dijo—. No son las nueve aún.